

evangelio crea, en el amor que procede de la fe y es despertado por ella, en la esperanza frente a la vida y frente a la muerte que la fe trae consigo, y en el contacto vital con la Santa Escritura, catequismos e himnos que le dan vida a la fe, en el sacerdocio de todos los creyentes bautizados y en su llamado para la misión común de la Iglesia.

Católicos y luteranos [ovejas y lobos] se abrazan como hermanas y hermanos en el Señor. Juntos se regocijan en los **dones verdaderamente cristianos que ambos han recibido y redescubierto de maneras diversas a través de la renovación e iniciativas de la Reforma**. Estos dones son motivo de agradecimiento... El caminar ecuménico hace posible que **luteranos y católicos puedan apreciar juntos la visión de Martín Lutero y su experiencia espiritual** acerca del evangelio de la justicia de Dios, que es a la vez su misericordia.

Te damos gracias, oh Dios, por las **muchas perspectivas teológicas y espirituales orientadoras que todos hemos recibido por medio de la Reforma**. Te damos gracias por las transformaciones y cambios positivos desencadenados por la Reforma o por los desafíos que nos impuso. Te damos gracias por la proclamación del evangelio durante la época de la Reforma y que desde entonces ha fortalecido a innumerables personas a vivir vidas de fe en Jesucristo.

¿Qué es todo esto sino una *canonización extraoficial* de la Reforma protestante y de Lutero, el mayor heresiarca de la historia? ¿Y qué es también, sino una *denigración de la Contrarreforma católica* con todos los santos suscitados por Dios en ella, y que fue la verdadera medicina para la Iglesia? Una vez más, resuena con fuerza la pregunta de Monseñor Lefebvre: **para seguir siendo católicos, ¿tendremos que hacernos protestantes?**

¿Qué nos corresponde hacer ante ese desenfreno, ante esa tempestad? Monseñor Lefebvre señalaba, al fin de su escrito, algunas pautas, que deben ser ahora las nuestras:

1° Guardar indefectiblemente nuestra fe, nuestra adhesión a todo lo que la Iglesia nos ha enseñado siempre, sin turbarnos ni desalentarnos. Nuestro Señor pone a prueba nuestra fe, como lo hizo con los apóstoles, como lo hizo con Abraham. Hace falta que nos embargue realmente la sensación de que estamos a punto de perecer. De ese modo, la Victoria de la Verdad será auténticamente la victoria de Dios y no la nuestra.

2° Afirmar nuestra fe públicamente sin desfallecimientos: en la prensa, en nuestras conversaciones, en nuestra correspondencia.

3° Rezar y hacer penitencia. Rezar a la Virgen María, Madre de la Iglesia, pues Ella ha vencido siempre todas las herejías. Y hacer penitencia (como nos lo pidió la Virgen en las apariciones de Fátima, cuyo centenario estamos preparando) para merecer los auxilios de la gracia de Nuestro Señor; penitencia en el cumplimiento de nuestros deberes de estado sin desfallecimientos, sin abandono, sin desánimo, a pesar del ambiente infernal de libertinaje, de impudicia, de desprecio por la autoridad, de atropello a Dios y al prójimo.

Para ser buen católico, ¿habrá que hacerse protestante?

En un escrito redactado durante el Concilio Vaticano II, el 11 de octubre de 1964, Monseñor Lefebvre se planteaba la siguiente pregunta: **«Para ser buen católico, ¿habrá que hacerse protestante?»** Y demostraba cómo, en las intervenciones de los Padres conciliares, el ecumenismo que inicialmente se presentaba como católico se había ido transformando en un ecumenismo racionalista que, sobre todo, iba en el sentido de los protestantes. Y daba ejemplos:

- **El primado de Pedro** ha sido puesto en jaque por la tesis de una colegialidad de sabor netamente protestante.
- A la **Santísima Virgen María** le fue negado el esquema que le estaba consagrado, y además el título de «Madre de la Iglesia»; y si se conservó el título de «Mediadora», fue con el pesar de los ecumenistas.
- Sobre el tema de la **Eucaristía**, se tiende a disminuir la estima de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo; se pone a la Escritura en un pie de igualdad con la Eucaristía, y se afirma de los protestantes que no poseen «la plena realidad de la Eucaristía» (¿cuál es entonces la «realidad eucarística» que poseen? No ciertamente la de la presencia real).
- Sobre la **Revelación divina**, se pretende minimizar el valor de la Tradición en provecho de la sola Escritura.
- La **verdad católica**, a su vez, sufre un golpe terrible en provecho del dogma [nuevo] de la dignidad de la persona humana y el bien supremo de la libertad, que en materia dogmática y religiosa reviste la forma de libertad de conciencia, que debe ser jurídicamente reconocida por todos los países, incluso aquellos que aún conceden un estatuto preferencial a la religión católica.

Esta verdad católica, seguía diciendo Monseñor Lefebvre, «es la razón de ser de su celo de evangelizar, de su **proselitismo**, y por consiguiente la razón profunda de las **vocaciones misioneras**, de las **vocaciones sacerdotales y religiosas**, que reclaman generosidad, sacrificio, perseverancia en las aflicciones y cruces. Este celo, este fuego que quiere abrazar el mundo entero, es sumamente molesto para los protestantes. Se pretende hacer un esquema sobre la Iglesia en el mundo en el que se evite cuidadosamente de hablar de evangelización. Toda la ciudad terrena podrá construirse sin tener en cuenta los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los sacramentos, el sacrificio de la Misa, las instituciones católicas: escuelas, obras espirituales y corporales de caridad...».

¿Cómo no ver el paso gigante que la Revolución ha dado en la Iglesia desde ese nefasto Concilio Vaticano II, en el que todas las directivas que tanto temía Monseñor Lefebvre se vieron delineadas y confirmadas?

• *Se negó efectivamente a la Virgen el esquema que le estaba consagrado, y se relegó su mención a un capítulo de Lumen Gentium, en el que se nombra su papel de Mediadora pero se le niega el de Madre de la Iglesia;* • *la Eucaristía fue reformada y remplazada por el Novus Ordo Missae, elaborado con la colaboración de protestantes, y con miras estrictamente ecuménicas con los protestantes;* • *la Revelación divina fue de hecho reducida a la sola Escritura, no siendo la Tradición más que el modo de transmitir la Escritura en la Iglesia;* • *se atribuyó a todo el pueblo de Dios el triple poder que Cristo legó a su Iglesia, a saber: el poder de enseñar, remplazándolo por la conciencia personal que, bajo el soplo del Espíritu, se expresa por el profetismo, un profetismo que pertenece a todo el pueblo de Dios y que se expresa particularmente en la liturgia de la Palabra; el poder de santificar, que es remplazado por el sacerdocio interior propio de todo cristiano, y del que el sacerdote ministerial no es sino el delegado; y el poder de gobernar, que es remplazado por la colegialidad atribuida a todo el pueblo de Dios, y que no es otra cosa que la democratización de la Iglesia en todos sus niveles y en todas sus estructuras;* • *se reafirmó la dignidad de la persona humana y su derecho a la libertad religiosa, que efectivamente suprime el proselitismo de la Iglesia, considerado actualmente por el papa Francisco como «un gran pecado contra el ecumenismo», o como «el gran veneno contra el ecumenismo», o como «una solemne estupidez», según las distintas expresiones que ha utilizado al hablar de él.*

Y con esto llegamos al anuncio, hecho este año por el Papa, de celebrar conjuntamente con los luteranos, el próximo 31 de octubre, los 500 años de la Reforma de Martín Lutero. ¿Qué más podría imaginarse? Pues bien, con motivo de este acontecimiento: • hemos visto al papa Francisco recibir en Roma a una delegación de luteranos, junto a una estatua de Martín Lutero; • hemos visto al papa Francisco recibiendo como regalo, de parte de los luteranos, una edición en todo lujo de las 65 tesis de Martín Lutero, las cuales fueron condenadas por la Iglesia y le merecieron la excomunión tres años más tarde, en 1520; • y hemos visto al papa afirmar descaradamente:

«Yo creo que las intenciones de Martín Lutero no eran equivocadas, era un reformador. Tal vez algunos métodos no eran los justos, pero... en ese tiempo la Iglesia no era un modelo de imitar: había corrupción en la Iglesia, había mundanidad, apego al dinero, al poder, y por esto él protestó. El era inteligente, ha hecho un paso adelante justificando por qué lo hacía, y hoy luteranos y católicos... estamos de acuerdo con la doctrina de la justificación: en este punto tan importante él no se ha equivocado. Pero él ha hecho una medicina a la Iglesia, y luego esta medicina se ha consolidado en un estado de cosa, en un estado de disciplina, en una forma de creer, de hacer, en un modo litúrgico... Debemos meternos en la historia de ese tiempo. Es una historia no muy fácil de entender... La diversidad es lo que tal vez ha hecho tanto mal a todos, y hoy buscamos retomar el camino para encontrarnos después de 500 años».

En la pasada Hojita de Fe mostramos cómo es falso que Lutero haya sido «una medicina» para la Iglesia; al contrario, Lutero inyectó en la Cristiandad el veneno que acabaría disolviéndola de manera irremediable. Faltaría tal vez refutar lo que el papa dice sobre la doctrina de la justificación, de que «en ese punto tan importante Lutero no se ha equivocado». ¿Cómo que no? ¡Si ese fue el punto

central de toda la doctrina católica, sistematizada y definida por el Concilio de Trento contra los protestantes!

• *Los luteranos afirmaban que el hombre es justificado por la gracia de Dios, pero una gracia concebida de tal manera que no renovaba interiormente al hombre, el cual sigue siendo tan pecador como antes; la gracia es para ellos una simple imputación extrínseca de la justicia de Cristo, por la cual Dios, el Dios de verdad, hace la vista gorda sobre mis pecados y me trata a mí, pecador de hecho, como si fuera justo. ¿Sobre este punto no se ha equivocado Lutero? Entonces se equivocó la Iglesia católica, que afirma que la gracia renueva interiormente al hombre, perdonándole todos sus pecados, y de pecador que era lo hace justo a los ojos de Dios.*

• *Los luteranos afirmaban que, una vez justificado, el hombre sigue recibiendo la justicia de Dios por la sola fe, sin que haga falta ningún otro medio; los mismos sacramentos, los que aún conservan, sólo justifican en cuanto que despiertan la fe del creyente. ¿Sobre ese punto no se ha equivocado Lutero? Entonces se equivocó la Iglesia católica, que enseña que la gracia que justifica a los hombres se recibe por los Sacramentos, los cuales son siete, ni más ni menos, teniendo como centro el Santo Sacrificio de la Santa Misa.*

• *Los luteranos afirmaban que, ya que el hombre es justificado por la sola fe, no hacen falta las obras en orden a la salvación eterna; sentencia que resumían en el famoso adagio de Lutero: «Peca fuertemente, y cree más fuertemente aún». ¿Sobre este punto no se ha equivocado Lutero? Entonces se equivocó la Iglesia católica, que enseña que el hombre, una vez justificado por el Bautismo o por la Penitencia, debe practicar las buenas obras en orden a la salvación eterna: sin las obras, la fe está muerta y no conduce a la salvación.*

• *En resumen, los luteranos estipulaban, como decía acertadamente Monseñor Lefebvre, que «toda la ciudad terrena puede construirse sin tener en cuenta los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los sacramentos, el sacrificio de la Misa, las instituciones católicas: escuelas, obras espirituales y corporales de caridad». ¿Sobre este punto no se ha equivocado Lutero? Entonces se equivocó la Iglesia católica, que asegura y protege la vida espiritual de sus hijos estableciendo en la sociedad las estructuras necesarias para darle la gracia: el sacerdocio, los sacramentos, la vida religiosa, la Santa Misa, las escuelas, el matrimonio y sus leyes santísimas, etc.*

Y el papa no se detendrá ahí; sino que, en la celebración conjunta con los luteranos, el ceremonial previsto hará que se rece o lea (según se trate de oraciones o de lecturas) los siguientes textos:

¡Oh Espíritu Santo!, ayúdanos a reconocer con gozo los dones que la Reforma ha brindado a la Iglesia, y prepáranos para arrepentirnos de las murallas divisorias [¿dogmas?] que nosotros y nuestros antepasados [¿el Concilio de Trento?] hemos levantado.

Los luteranos están agradecidos de corazón por lo que Lutero y otros reformadores [¿Zwinglio, Calvino?] les hicieron accesible [¿la Iglesia católica no?]: el entendimiento del evangelio de Jesucristo y la fe en él; el reconocimiento del misterio del Dios Trino, que se da a sí mismo por gracia, y que sólo puede ser recibido en la confianza total de la promesa divina, en el reconocimiento de la libertad y la certidumbre que el